

que estaban presentes anotaron el día y la hora, y pasados algunos días, supieron que se había realizado el terrible fenómeno.

Refiere también Evagrio, que caminando un día á Cesarea, le salió al encuentro un león que devoró el asno que le servía de bagaje. Lejós de asustarse Zozimo, le dijo con aire gozoso: « Amigo mio, soy muy viejo para » llevar la carga que conducía este asno; así pues, ha- » biéndome privado de él, os condeno á que hagais sus » veces. » Entónces el león, deponiendo su ferocidad, se aproximó á él, y se dejó cargar, conduciéndole hasta las puertas de Cesarea, de donde fué despedido al desierto. San Zozimo y san Juan de Chozeba florecieron en la época del emperador Justino.

Dice Juan Mosch haber oído de los ancianos del monasterio de Chozeba, que un solitario de este desierto había llenado de edificación todo aquel país con actos continuos de una caridad heroica. Cuando estaba en su aldea, se levantaba de noche y cultivaba los campos de aquellos que sabía no tener recursos para ello, y esto lo hacía tan secretamente, que no lo conocían los dueños de los campos. Habiendo abrazado despues la vida monástica, se iba al camino de Jerusalem para hacer bién á los que pasaban. Daba pan y agua á los necesitados: se despojaba de sus vestidos para darlos á los pobres: llevaba gratuitamente las cargas de los que iban ó volvían de Jericó: llevaba sobre sus espaldas á los niños fatigados del camino: remendaba el calzado á los que lo tenían roto ó muy usado, y daba sepultura á los muertos. No había, por último, oficio de caridad, por trabajoso y humillante que fuese, que no prestase á su prójimo, perseverando en este ejercicio hasta la más avanzada vejez, y sufriendo gozoso por amor á Jesucristo unos trabajos superiores á las fuerzas de su naturaleza.

JUAN EL SABAITA ¹

San Juan Clímaco, en su *escala espiritual*, propone á Juan el Sabaita como un excelente modelo de paciencia, de obediencia y de todas las virtudes religiosas. Parece haber sido natural del Asia Menor, y abrazó la vida religiosa en un monasterio bajo la disciplina de un director muy dulce, apacible y moderado. Pero como viese que este anciano le trataba con tanta condescendencia, que nada le reprendía, temió que le fuese perjudicial semejante conducta, y se propuso buscar en otra parte un padre espiritual ménos indulgente. Le pidió, pues, su autorización, en la seguridad de obtenerla; pues aquel anciano tenía otro discípulo.

Con una carta de recomendación, que le dió para un monasterio del Ponto, fué admitido sin ninguna dificultad. La primera noche que pasó en él, vió en sueños á unos personajes que le pédian una cantidad considerable que debía, y que, despues de un exámen muy rigoso, le hicieron comprender que ascendía á cien libras de oro, Facilmente conoció, al despestar, que aquel sueño misterioso tenía por objeto advertirle que era muy deudor á la justicia divina, y considerando que debía enjugar esta deuda con obras de paciencia y de penitencia, se dijo á sí mismo: » ¡ Pobre Juan! es, por desgracia, muy cierto » que tienes que pagar muchas deudas. »

Con este designio, permaneció tres años en este monasterio, obedeciendo ciegamente en todo lo que se le man-

¹ San Juan Clímaco, *Vit.* PP.

daba, y Dios permitió, que, siendo considerado, no como un miembro de la comunidad, sino como un extraño, no se le guardase ningún género de consideraciones, sino ántes por el contrario, se le despreciase y maltratase con frecuencia.

Después de ejercitarse durante estos tres años en la obediencia y en la paciencia, vió nuevamente en sueños á un hombre que le dió una carta de pago de diez libras de oro á cuenta de las ciento que debía, y al despertar, se dijo á sí mismo: « Hasta ahora no he pagado más que diez libras de oro ¿cuando podré pagar las restantes? Me faltan, pues, muchos trabajos y humillaciones. »

No se desanimó por esto, antes por el contrario, con la esperanza de satisfacer más pronto á la justicia divina, se propuso sufrir peores tratamientos y mayores desprecios, haciéndose el insensato, pero sin dejar de llenar todos sus deberes para con sus hermanos. Cuando estos le vieron en semejante situación, pues creían que era verdaderamente un mentecato, le cargaron de mayores trabajos, y le trataron sin miramiento alguno. Pero le sostenía en una prueba tan humillante y trabajosa la consideración de lo que le quedaba por pagar, y así es que todo lo sufría con gozo.

Trece años duró esta prueba, y al cabo de este tiempo tuvo el consuelo de ver en sueños á los mismos personajes que ántes se le habían aparecido, los cuales se dieron por satisfechos de toda la deuda. Esto se lo refería este religioso á san Juan Clímaco, como acaecido á otro religioso, llamado Antioco; pero en realidad era él mismo, que con su generosa paciencia, había conseguido pagar toda la deuda y obtener la remisión de todos sus pecados.

En seguida dejó la provincia del Ponto, y se dirigió á la Palestina, en donde obtuvo una celda en la laura de san Sabas, por lo cual se le dió el sobrenombre de Sa-

baita. Morando en ella, se le presentaron tres jóvenes que querían ser discípulos suyos. Los recibió con mucha caridad, tratándolos en un principio como simples huéspedes, y al cabo de tres días les dijo: « Mi queridos hermanos, perdonadme que no os pueda conceder lo que me pedis; pero soy demasiado pecador para poder recibirlos bajo mi dirección. »

Estos religiosos, que, á lo ménos de oídas, conocían su grande virtud, no se escandalizaron de la razón que proponía como excusa, atribuyéndola con justicia á su profunda humildad, así es que con mayor instancia le rogaron que les admitiera en el número de sus discípulos. Pero como el Santo continuase negándose, se postraron á sus pies, suplicándole que les diese, á lo ménos, una regla de conducta, y les manifestase el lugar á que habían de dirigirse. Entónces este venerable anciano, lleno del espíritu de Dios, reconociendo que recibían sus consejos con humildad y sumisión, dijo á uno de ellos: « Hijo mio, es voluntad de Dios, que vivas en el desierto bajo la dirección de algún piadoso y sabio ermitaño. » Al segundo dijo: « Tú debes desprenderte en absoluto de tu propia voluntad y darla a Dios en un monasterio en compañía de otros religiosos, para llevar con paciencia tu cruz, que te proporcionará un tesoro en el cielo. » Por último, dijo al tercero: acuérdate en cada momento de tu vida de aquellas palabras del Salvador: *« El que perseverare hasta el fin será salvo. »* Id pues: procura que sea severo y riguroso el director que escojais: no os separeis nunca de sus consejos, y tragad, cual si fuese leche y miel, el brevaie de las humillaciones y de los desprecios. — Pero, Padre mio, replicó el primero, si el solitario que yo escogiese viviera negligentemente ¿qué deberé hacer? — A lo cual replicó el Santo: aunque fuera infiel á Dios, no por eso lo dejes;

« sino di dentro de tí mismo : ¿ qué has venido á buscar
« en la soledad, amigo mio ? De esta manera sentirás
« enjugarse la hinchazón de la vanidad, y extinguirse el
« fuego de la concupiscencia. »

Este consejo se hallaba muy conforme con lo que habia visto en su primer monasterio á un religioso llamado Acacio, y cuya historia referia á san Juan Climaco en estos términos. « Habia en un monasterio de Asia, en que yo
« estuve ántes de venir á éste, un anciano muy negligente
« y abandonado. No digo esto juzgando sus disposiciones
« interiores, sino refiriendo sólomente sus actos exte-
« riores. »

« Sucedió, no sé como, que tuvo por discípulo á un
« joven llamado Acacio, quo era tan sencillo de corazón,
« como prudente de espíritu, y que sufría los más duros
« tratamientos de parte de este anciano, que no se conten-
« taba con probarlo con palabras injuriosas y humillantes,
« sino que le castigaba severamente y le ultrajaba á todas
« horas. »

« La paciencia de Acacio no procedia de estupidez,
« sino de verdadera virtud. Yo le veía expuesto á rigores
« más duros que los que sufren los más depravados es-
« clavos, y cuando le encontraba, solía yo decirle : Y bien,
« hermano Acacio, ¿ como os vá hoy ? Por toda respuesta
« me mostraba las mejillas llenas de cardenales, arañado
« su cuello, y llena de chichones su cabeza ; y como yo
« conocia su virtud y su ánimo, le decia : Efectivamente, os
« vá muy bien : sufrid con paciencia, y recogeréis el
« fruto. »

« Murió, en fin, despues de haber pasado nueve años al
« lado de este despiadado anciano, y fué enterrado en el
« cementerio de los Padres. Cinco dias despues fué este
« anciano á visitar á un solitario de una virtud eminente,
« y le dijo : Padre mio, el hermano Acacio ha muerto hace

« pocos dias. — Casi no lo puedo creer, le respondió. —
« Pues venid, y lo vereis. — En seguida fueron al cemen-
« terio, y dirigiéndose el solitario á Acacio, cual si estuvie-
« se vivo, le dijo : Hermano Acacio, ¿ estais muerto ? El
« buen hermano, que tan obediente habia sido, cual si ates-
« tiguase que no habia perdido despues de la muerte su
« virtud favorita, respondió al santo solitario : ¿ Como es
« posible, Padre mio, que muera un fiel observador de la
« obediencia ? »

A estas palabras se llenó de tanto horror el que habia sido su maestro, que, humillando su rostro en tierra, y derramando abundantes lágrimas, pidió al superior de la laura¹ que le permitiese vivir en una celda inmediata á la tumba de Acacio, en la cual pasó el resto de sus dias, ejercitándose en todo género de virtudes, y diciendo siempre á los Padres : he cometido un homicidio. »

Cree san Juan Climaco que este solitario que hizo hablar al bienaventurado Acacio, era el mismo Juan el Sabaita, aún cuando no diga su nombre. No concluyó sus dias en la laura de san Sabas ; pues la dejó para habitar en el desierto de la Gudda.

Habia por este tiempo en el monasterio de san Sabas un monje muy celebre, llamado Calinico, que vivió encerrado en él y que, lo mismo que Juan el Sabaita, mereció el sobrenombre de Grande. Otro religioso, llamado Juan, sacerdote del monasterio de los Eunucos, se cita por Juan Mosch, como un hombre á quién Dios habia concedido la gracia de conocer los secretos de los corazones.

¹ La palabra *laura* se toma aquí por monasterio aún cuando ordinariamente se tome en otro sentido.